

tormento; y cuando profería por necesidad algún grito, le daban los déspotas en rostro con aquella inevitable flaqueza, tan propia del débil cuerpo humano. Y como los garfios desgarraran sus carnes, los carbones quemasen sus fibras, los tornillos descoyuntaran sus huesos, tal risa epiléptica le sobrecogió al golpe de estos bárbaros tormentos, que sus propios verdugos se apiadaron de sus dolores y suspendieron las torturas. Por fin, Mulhouse se rindió. El postrero de sus defensores, Pfeiffer, salió de sus muros con unos cuantos hombres resueltos á morir matando. Pero la poblacion, que se vió desamparada, tuvo que salir á demandar gracia en numerosa procesion á sus implacables vencedores. En aquella multitud iba la mujer del pobre Munzer, la cual se encontraba en cinta. Conocida por los esbirros, fué entregada al campamento vencedor. Los ultrajes cayeron sobre su persona en tanto número que pidió un arma para partirse el corazon. Un soldado la arrojó sobre el suelo, y la violó en presencia del ejército. Aun no consumada tan asquerosa crueldad, la pobre víctima murió al dolor y á la vergüenza. ¿Qué podía esperar ya su marido? Sacáronle de la torre donde se hallaba recluso y le condujeron á la ciudad donde habia mandado. Cada uno de sus vencedores le dirigía sin piedad tremendos cargos. Y como católicos y protestantes reconveníanle, aquellos por lo mismo que agradaba á estos. Por ejemplo, el duque Jorge de Sajonia le echaba en cara el haber abandonado las órdenes eclesiásticas y escogido una esposa, y el Landgrave de Hesse le alababa por esto mismo y le decía que su crimen estaba en haberse sublevado contra sus legítimos príncipes. Por fin, aquel pobre profeta subió al cadalso, y en sus siniestras tablas mostró tanta entereza, que sus mismos verdugos cayeron de rodillas, cuando su cabeza rodaba por el ensangrentado pavimento, y elevaron un himno religioso, cual si quisieran desagraviar con sus oraciones al Dios á quien habian agraviado con sus crueldades.

Muerto Munzer, la guerra de los campesinos, aunque le sobrevive, está muerta tambien. El duque de Guisa reúne treinta mil mercenarios; y marcha en contra de los campesinos por tierras de Alsacia, temeroso de que la herejía se pegase á sus propias tierras. Sitiada la ciudad de Saverna, y vencida, cayeron sobre ella, no legiones de soldados, sino bandas de asesinos. El historiador de Lorena, Calmet, cuenta diez y ocho mil muertos; y un cronista del

tiempo, cuenta veinte mil. Tres dias duró la matanza, corriendo la sangre en tal abundancia, que parecia haber caído de las nubes, segun lo empapada que por igual aparecía toda la poblacion. A estas desgracias uniéronse el perjurio y la fuga de Goetz, que abandonó los infelices campesinos á su triste suerte cuando debia compartirla, no sin haber tambien facilitado una derrota que habia de traerle eterna é irremisible deshonra. La postrer agonía de los revolucionarios y la postrer venganza de los señores, fueron igualmente horribles. Cada uno de los caballeros feudales llevaba á su lado el verdugo; y el senescal tenia hasta doce de estos horribles ministros de la humana justicia. Casimiro, el margrave, andaba de aldea en aldea, precedido por patíbulos ambulantes, y se gloriaba de matar en estos veinte campesinos por día. Su furia crecía desmedidamente al par que se ejercitaba; y no teniendo por bastante pena la muerte, arrancaba los ojos á cincuenta y cinco labriegos, á pesar de pedirle con porfiada súplica que los decapitara en vez de cegarlos. Un dia, viajando por apartado camino, encontró á uno de estos pobres que pedía limosna y que estaba por su lazarillo y por su perro acompañado; y le arrojó unos cuartos. El ciego le dió las gracias, y rogó al cielo que le bendijera con tal que no fuese ni amigo ni pariente del margrave. Oír esto y dirigirse á darle un bofetón, obra fué de corto momento; pero de menor momento aun la rapidez con que el perro se lanzó sobre él y le mordió de tal suerte en el pecho que espiró al poco tiempo, complicadas sus mordeduras con vergonzosa enfermedad. No puede el historiador de corazon detenerse ante estos sucesos sin experimentar un disgusto hácia los vencedores, que raya en asco, y una compasion por los vencidos que raya en complicidad. De todas suertes, el castigo sobrepujó al crimen, si crimen pudo haber en quienes, al sentir un grito de libertad, combatieron con furor el feudalismo y reclamaron con exageracion su derecho.

No hay que olvidarlo de ninguna suerte; la revolucion se encontró frente á frente de una consecuencia demasiado lejana de sus principios en su totalidad y á veces contraria de todo en todo á estos principios. Los campesinos tenían razon plena en lo que negaban del feudalismo; y no tenían razon alguna en lo que afirmaban de comunista. Ninguna exageracion triunfa. Para sustituir un régimen con otro régimen, se necesitan soluciones prácti-

cas y tangibles, sistemas de fácil realizacion y cumplimiento. Dos graves obstáculos tenia el partido de los campesinos, lo que habia en sus doctrinas de utópico y lo que habia en su proceder de inoportuno. La utopia, que es lo imposible, queda siempre vencida; y la inoportunidad, que es una derogacion á las leyes del tiempo, gran enemigo de los que no cuentan con él, la inoportunidad se manifiesta, cuando se descubre que principios, no utópicos sino verdaderos y justos, aclamados en la primer mitad del siglo décimosexto, no vencen y predominan hasta la segunda mitad, ó mejor dicho, hasta las últimas postrimerías del siglo décimooctavo. El feudalismo tiene tal crueldad, contradice en tales términos todo cuanto hay de humano en nuestra naturaleza, se presenta en la historia con caracteres de tal suerte horribles que no podemos dejar de bendecir á quienes mueren, siquier prematuramente, por aherrojar el monstruo. Pero al verlo subsistente hasta nuestros dias en el suelo de Alemania, y derrumbándose tan solo á las ideas de esta generacion nuestra, y al golpe mortal que le asestó la revolucion de 1848; al ver esto, se ve tambien como los remedios á las enfermedades sociales exigen á un tiempo mismo justicia y oportunidad. De todas suertes, cuando acabamos de recorrer los campos ensangrentados en que han nacido y han muerto los siervos del terruño; cuando acabamos de respirar el negro humo lanzado por las teas de la venganza señorial y por las llamas de los régios braseros; cuando acabamos de oír el rechinar de los potros, donde los huesos se descoyuntan; cuando acabamos de ver tantos cadáveres colgados de las horcas en torno de cuyas cuerdas revolotean las aves carniceras; francamente, no tenemos claridad de juicio, y solo sentimos compasion por todas las víctimas y horror á todos los verdugos.

## CAPÍTULO VII

EL PROCEDER DE LUTERO ANTE LA REVOLUCION DE LOS LABRIEGOS

Las exageraciones revolucionarias sirven siempre á la reaccion. Toda nueva idea política ó social nace limitada por el tiempo y las circunstancias, y constreñida, en razon de su propia novedad, á suscitarse obstáculos y dificultades sin cuento. Cuando recorremos las páginas de la ciencia y luego la vida de la realidad histórica, nos admiramos al ver cómo abundan las ideas allá en las cimas de la conciencia, y cómo, al revés del aire, se enrarecen aquí en lo real. Multitud de pensamientos llenan las obras de los filósofos, multitud de inspiraciones llenan la creacion de los artistas, multitud de ideales llenan el cielo de la conciencia; pero, en la realidad de la vida social, basta una idea sola para muchas generaciones y para muchos pueblos. La idea de un hombre, de Buda por ejemplo, alimenta siglos de siglos á los mas vastos Imperios del Asia, ese Oriente de las ideas. El antiguo dualismo persa, religion propia de un pueblo guerrero, trasciende al seno de la Persia contemporánea, como si fuera congénito al carácter mismo de su extraño suelo. El pensamiento que Abraham recogió en su tienda de patriarca y á la cabeza de su ganado por las revelaciones sublimes del desierto, brilla todavía, como una estrella de la Mesopotamia, en el cerebro de los hijos de Israel, diseminados por Europa, sobre la cual han ejercido desmedida influencia. Todavía subsiste la institucion pontificia, á pesar del oleaje de pasiones conjuradas contra sus antiguas bases, que el tiempo ha carcomido. Todavía los dioses paganos, que creíamos muertos por el triunfo de la religion católica y por el advenimiento